

LOS CABALLOS DE HERODES.

(De FLAUBERT.)

.....
Iacín movió con ímpetu la puerta
que resbaló en el muro,
mientras bajaban por el antro oscuro,
sintieron ambos en la faz un soplo,
tibio que de la bóveda salía.

Tortuosa galería
pérfidamente los llevó ante el quicio
de colosal caverna que se abría
en el linde fatal de un precipicio
que allí la ciudadela defendía.

En ágiles festones trepadores
los brazos de fecunda madre selva
caer dejaban a la luz sus flores,
y al ras del suelo perezosamente
un claro hilillo de agua murmuraba
en la oquedad de la discreta roca.

Reposaban allí caballos blancos
—tal vez una centena—
que en tazas a la altura de la boca
se comían la avena.

El sedño prodigio de sus crines
prestigiaban azules colorines.
Tornasolada red de espartería
velábales el casco reluciente,
y cual una peluca les caía
en medio de las móviles orejas,
un pródigo mechón sobre la frente.

Las plumas ondulantes de sus colas
sus limpios corvejones blandamente
excitaban con júbilo moroso,
y enmudeció, mirándolos a solas,
y asombrado, el Procónsul envidioso.
Eran inconcebibles animales:
ágiles como víboras y leves
como los leves pájaros del viento.
Sobre los encendidos arenales
volaban con el ímpetu violento
de las trémulas flechas iracundas;
aterraban, mordeíndoles el vientre,
a los hombres; hendían con sus cascos
las rocas, al volar en las profundas
simas, por entre abismos y peñascos.
Su galope frenético de un día
sin descanso, a través de las llanuras,
una palabra detener podía...
Y cuando entró Iacín, como corderos
ante el pastor, con franca algarabía
y tendiendo sus gráciles cervices,
—albas con el albor de los armiños—
le miraron inquietos y felices
con sus ojos de niños,
y al escucharle su marcial acento
ronco, se estremecían de contento
y miraban el éter de hito en hito
con ansias de cruzar el infinito,
¡con hambre de correr y sed de viento!

.....

LOS DOS NIÑOS.

(De GIOVANNI PASCOLI.)

I.

De tarde. La pareja bulliciosa
de niños retozaba alegremente
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente
lanzáronse, con pasmo de los tilos,
insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos
parpadeos de cólera inflamada,
y, por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada
garganta, y por sus pálidas mejillas
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,
buena madre, y con voz dominadora,
separas las airadas fierecillas
y les ordenas: "¡Hacia el lecho, ahora!"

II.

Las sombras los circuyen. Procesiones
de fantasmas, el labio sigiloso,
parecían surgir de los rincones.

Y fue de oírse el lánguido sollozo
crecer bajo el imperio de algo obscuro
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro
movimiento, y entrambos corazones
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobre manto de vellones,
la madre — tras la palma sonrosada,
la luz — a remirar a sus leones.

Contémplos absorta: en apretada
red de abrazos, se estrechan dulcemente.
Duermen ambos, el ala replegada.
Y ella los besa con amor riente.

III.

¡Hombres! en vuestras iras de felinos
pensad en el misterio pavoroso
que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso
que sobrevive al grito delirante,
y, de la guerra, al ímpetu furioso.

¡Hombres, paz! En la tierra vacilante
enorme es el misterio, y sólo atina
el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina
tarde o temprano a acariciar, desame
el gesto airado, la pasión dañina,

a fin de que la calma se derrame
por nuestra faz, cuando sin ser oída,
se acerque, sin que nadie nos la llame,
¡la Muerte con su lámpara encendida!

Junio, 1912.

ATENAS.

(De ARTURO GRAF.)

La tierra en que nací queda en Oriente,
y es de un monte de mármoles vecina,
y mira del confín, vasto, esplendente,
el Egeo de clámide azulina.

Ebria de aire y de sol, calladamente
se aduerme a influjo de visión divina,
y entre las rosas y el olivo siente
intacta crepitar su gran rüina.

La tierra en que nací propicias horas
tuvo; surcó triunfante el mar profundo,
y pobló remotísimas arenas

y de frentes invictas o creadoras
soberbia madre fue, y enseñó al mundo:
¡la tierra en que nací se llama Atenas!

REGINA MORS.

(De ARTURO GRAF.)

Hacia el éter, del piélago de ondas alborotadas
— bajo un deslumbramiento de sideral blancura —
levanta negro monte su colosal figura,
erigido con muros de ciudades violadas.

Y sobre l'ardua cima, bajo las llamaradas
del sol, triunfal, gloriosa la bóveda fulgura
de un templo cuya cúpula, de opalina envoltura,
entronizan columnas en diamantes talladas.

Es el templo redondo y a todo sopro abierto,
y hay en el medio un trono de púrpura cubierto,
de tenebrosa púrpura de tinte moribundo,

y al pie del alto trono, la Muerte coronada,
vencido ya, rendido bajo su dura espada,
¡mira temblar de horror y de dolor al Mundo!

IDEA FIJA.

(De ARTURO GRAF.)

Un pensamiento fatigoso y duro
hundido llevo en medio de la mente,
como un clavo de acero reluciente,
metido a golpes en un leño oscuro.

Una angustia tenaz, un insistente
dolor que crece, si acallar procuro,
una opresión sin tregua ni conjuro,
inquietud melancólica y latente.

¡ Y siempre así! Culmine el sol y esplenda
sobre la tierra muda y subyugada
o el lívido crepúsculo descienda,

siempre está allí sobre mi sien clavada,
de día, en el reposo de mi tienda
¡ ay! ¡ y hasta entre los brazos de mi amada!

AZUL.

(De ARTURO GRAF.)

¡ Oh formidable Azul! te miro y pienso:
lo que fuiste serás, tarde o temprano;
dí: ¿ cuántos siglos, sobre el tedio humano,
há que despliegas tu sitial inmenso?

Idos los dioses, como sueño vano,
tú, sin sentir ni amar, solo, el ascenso
presenciaste del ruego y el incienso
del homenaje o el clamor insano.

Cuanto vive se estrella ante una oscura
norma de corrupción, entre la impura
sima que vela su pavor profundo;

¡ tú sólo eterno, incólume, impasible
como una losa sepulcral y horrible
echada sobre el ámbito del mundo!

EL ENFERMO GRITÓ....

(DE VICTORIA AGANOR.)

El enfermo gritó: ¿por qué no viene?
¡Padezco tanto! Un galopar seguro
la noche turba, el ánimo previene:
¡es Ella! blanca en su corcel oscuro.

Rápida, sin que nadie se despierte,
cruza. Se reincorpora el moribundo,
llámala por su nombre: *¡ Muerte! ¡ Muerte!*
Ella, pasando, lo miró un segundo.

Y, desdeñosa, descendió hasta el pozo
do una niña su cántaro sumía
feliz, y, arrebatándola a su gozo,
despareció tras de la serranía...

EL CRUCIFIJO.

(De la CONDESA LARA.)

Oh Cristo secular que junto al lecho
do sueño un olvidar dulce y profundo
del ingrato vivir, tu herido pecho
muestras, y llamas a tu abrazo al mundo.

No me conturba el infernal despecho,
ni el ansia de tu cielo sin segundo;
mas saber que en tu pómulo deshecho
¡fijó mi madre el ojo moribundo!

Duro o blando mi pan de cada día,
a tí vuelvo las tardes cual se vuelve
al amigo, al recuerdo, a la esperanza:

sólo te pido, con tenaz porfía,
conserves en la lucha que me envuelve
ese rasgo de fe ¡la Noche avanza!

LOS VENCIDOS.

(De ADA NEGRI.)

Son centenas, son miles, son millones,
falange que borbota,
cuyas filas atruenan con los sonos
de tempestad remota.

Avanzan, bajo el látigo del viento,
en marcha sosegada;
nuda la testa, el hábito harapiento,
y febril la mirada.

Me buscan portentosamente unidos.
En ola vagabunda,
de gris color y rostros ateridos,
la hueste me circunda.

Y me asedian, me abruman, me aprisionan.
Oigo cómo respiran.
Dan sollozos que al aire se abandonan;
blasfeman y suspiran.

“Venimos de los báratros sin fuego
y del dolor tenace
por quien el cuerpo se desploma y luego
cede, se dobla y yace”

.....

“Venimos del cubil que nadie nombra,
de los antros del suelo,
y proyectamos una inmensa sombra
de peligros y duelo.”

“Pedímos a la fe sus ilusiones
y nos brindó falsía,
y hasta el amor — fanal de corazones —
fue sólo alevosía.”

“El trabajo que da la bienandanza
no oye nuestros gemidos.
¿En dónde está la fuerza o la esperanza?...
¡Piedad con los vencidos!”

CESAR BORGIA.

(De PAUL VERLAINE.)

De las sombras que sumen el vestíbulo ausonio
donde el busto de Horacio y el busto de Petronio
de perfil y abstraídos, sueñan en mármol blanco,—
la siniestra en la daga, con la diestra en el flanco,

y una dulce sonrisa que el mostacho realza,
del fiero duque César, la figura se alza.

El negro que en los ojos, cabello y ropas brilla,
contrasta, bajo el oro de una tarde amarilla,

con el pálido mate de una faz altanera
de tres cuartos pintada y según la manera

de artistas españoles como de venecianos
cuando trazaban a los nobles y soberanos.

La nariz, recta y fina, palpita. Soplo duro
de su boca menuda y roja, sobre el muro

los damascos agita, y en lo vago distante
perdida la mirada turbadora y errante,

cual la cogieron tantas de las viejas pinturas,
hormiguea en anhelos de enormes aventuras...

La tersa y ancha frente que surco inmenso labra,
medita en ansias locas y en la brutal palabra

bajo la grácil gorra cuya pluma se mece,
¡sujeta al broche donde un rubí resplandece!

MUJER Y GATA.

(De PAUL VERLAINE.)

La sorprendí jugando con su gata,
y contemplar causóme maravilla
la mano blanca con la blanca pata,
de la tarde a la luz que apenas brilla.

¡Cómo supo esconder la mojegata,
del mitón tras la negra redecilla,
la punta de marfil que juega y mata,
con acerados tintes de cuchilla!

Melindrosa a la par su compañera
ocultaba también la garra fiera;
y al rodar (abrazadas) por la alfombra,

un sonoro reír cruzó el ambiente
del salón... y brillaron de repente
¡cuatro puntos de fósforo en la sombra!

AGONÍA.

(De PAUL VERLAINE.)

No ya mi sér conturban, equívoco universo,
tus campos, ni los ecos de rojas pastorales
antiguas, ni el reflejo de pompas aurorales,
ni el sol despedazado y en el azul disperso.

Quiero de todo ahora réirme: de hombre y verso,
y de los templos griegos y de las catedrales
que buscan el vacío con locas espirales;
ya de mi copa beben el santo y el perverso.

¡ No creo en Dios! ahuyento de la memoria mía
el pensamiento; nunca me nombren la ironía
llamada amor que a tantos y tantas enardece;

con susto de morirse, con el vivir cansado,
cual un esquife roto del viento arrebatado,
¡ sobre el abismo negro mi espíritu se mece!

EL INFIEL.

(De MAURICIO MAETERLINCK.)

Y si él retornase un día
¿ qué debo decir?
— Díle que se le esperó
¡ ay! ¡ hasta morir!

Y si pregunta por tí
¿ qué contestaré?
— Dále mi anillo de oro
mas sin responder...

¿ Y si averigua por qué
la sala desierta?
— Muéstrale la luz extinta
y la puerta abierta...

¿ Si por el último instante
llega a preguntar?
— Dí que sonreí temiendo...
pudiese él llorar...

SOL PONIENTE.

(J. M. de HEREDIA.)

Los juncos relumbrantes, adorno del granito,
un agrio pico doran que alumbra el sol muriente,
y lejos, con su gola de espumas esplendente,
la mar, do el mundo acaba, comienza el infinito.

La noche y el silencio. Calla el nido. Contrito
llega el hombre a su choza que humea en el ambiente,
y al agitar el Angelus las brumas del Poniente
su voz une del piélago al estruendoso grito.

Entonces, cual del fondo de un abismo, del llano
y el monte y las colinas sube el grito lejano
del pastor atrasado y el rebaño sonoro.

El horizonte invaden las sombras, y en el cielo
el sol que muere en fondo de rico terciopelo
¡pliega las ramas rojas de su abanico de oro!

APARICIÓN.

(De STÉPHANE MALLARMÉ.)

La luna se velaba. Serafines llorosos
con el arco en los dedos, adolorida el alma,
pensaban en la calma
de las dormidas flores de tallos vaporosos,

y heridas por sus manos, las moribundas violas
rompían en sollozos de un albor invisible,
que rozaban, rozaban
el azul apacible de las tibias corolas:

¡Era el día bendito de tu beso primero!

La febril fantasía que las almas consume,
por herirme, a sabiendas se embriagó del perfume
de tristeza que lanza
la cosecha de un sueño, sobre el sér que lo alcanza.

Mientras miraba el suelo con mirar abstraído,
en la calma, en la tarde, te me has aparecido
como un hada riente,
como el hada risueña de mis tiempos mejores,
como el hada riente que — de blancos fulgores
coronada la frente —
pasaba ante mis ojos,
pasaba ante mis ojos turbados dulcemente
dejando que sus manos regasen, mal cerradas,
¡nevados ramilletes de estrellas perfumadas!

BRISA MARINA.

(De STÉPHANE MALLARMÉ.)

La carne es la tristeza, y ya los libros todos
¡asiló mi cabeza!
¡Huyamos allá, huyamos!
¡Huyamos allá, huyamos! Sobre la mar salada
las aves giran ebrias, en pálida bandada.
Sobre la mar salada
las aves giran, ebrias de sacudir el vuelo
entre la espuma ignota y el inmutable cielo.

Ni aquel jardín antiguo que reflejaron ojos
amados para siempre; ni los destellos rojos
de mi vetusta lámpara sobre el papel vacío
a quien — bajo la noche — defiende su blancura;
ni un niño que los senos
a su robusta madre de joven hermosura
con avidez atrapa:
nada en el mundo, nadie demorará mi espíritu
que en el amargo zumo del piélago se empapa.
¡Yo partiré! Tus mástiles erige con presteza
oh Buque, y léva el ancla
¡con rumbo hacia una exótica feliz naturaleza!
Un Tedio, desolado por ávidos Anhelos,
espera en los adioses que mandan los pañuelos...

Quién sabe si estos mástiles alargarán un día
sus dedos á los náufragos, entre la mar bravía,
a los desnudos náufragos sin mástiles, sin mástiles
ni fértiles islotes de verdes cocoteros...
¡Oh corazón! ¡escúcha las voces de alegría
que dan los marineros!...

JUSTICIA.

(De AUGUSTO DE ARMAS.)

— ¡Te adoro! — ¿Tú quién eres? — ¿Yo? la figura
inquieta
que carga un Infinito, que mide un Universo.
— Descúbreme tu nombre. — Me llaman el Poeta.
— ¿Cuál es tu Dios? — El Arte. — ¿Y tu destino?
— El Verso.

— ¿Tendrás ropajes de oro, de púrpura, de raso?
— Me visto de jazmines y lumbre y armonía.
— ¿Caballos tienes? — Suelo vagar sobre Pegaso.
— ¿Y tu mansión? — Muy alta: ¡donde florece el día!

— ¿Tu madre, tus mayores? Contéstame sincero:
¿tuviste noble cuna de vaporoso tul?
— ¡Sí! nuestra raza es vieja: por padre tuvo a Homero
¡y por blasón un cisne que boga en el Azul!

— ¿Tendrás, a fuer de hidalgo, riquezas a millares?
— ¡Sí! tengo indeficiente, magnífico tesoro:
las arcas del banquero y el cofre de los Czares
no vieron más cintillos, más gemas ni más oro:

Tengo ríos de ópalo y selvas de granate,
y mares de esmeralda y abismos de zafir,
del Rímac todo el oro, y el ámbar de Maskate,
¡las minas de Golconda, los nácares de Ofir!

— ¡ No mientas! — ¡ Niña mía, no es un falaz
ensueño!

— ¿ Dó guardas esos dones, dignos de nueva Assur?
— Lejos de aquí, muy lejos, en el jardín del sueño,
muy lejos de tus ojos, ¡ en el sereno Azur!

— Confórmate queriéndome con loco desvarío.
— De tu beldad yo solo sabré medir el precio:
Aguárdate; por siempre te adoraré, bien mío,
si el corazón me entregas. — ¡ Recibe mi desprecio!

EL ARTISTA.

(De OSCAR WILDE.)

Ardió su alma, una noche, el deseo vehemente
de perpetuar tu imagen, PLACER QUE SOLAMENTE
POR UN INSTANTE DURAS — y fuese por el Mundo
a conseguir el bronce para sus esculturas.
Y era el bronce la única obsesión de su mente.
Mas en el Mundo había desaparecido el bronce:
en la extensión del Mundo se erguía únicamente
el bronce de una estatua:
La del DOLOR QUE DURA ETERNAMENTE.

Esa estatua, obra suya, púsola con sus manos,
en días ya lejanos,
en la tumba del único sér que adoró en la vida...
En la tumba desierta de la muerta criatura
que amara con pasión enloquecida
levantó la figura dolorida
como alma de su alma, como eterna señal
del Amor de los Hombres que perdura,
y como vivo símbolo
del Dolor de los Hombres que para siempre dura.
Y en la extensión del Mundo
no había ya más bronce
que el de aquella escultura.

Arrancóla el Artista del sarcófago, y luego,
sobre la enorme boca de un horno incandescente
vióla fundirse, al ósculo devorador del fuego.
Y con el bronce mudo
del DOLOR QUE PERDURA ETERNAMENTE
modeló de otra estatua la figura:
La estatua del PLACER QUE SOLO DURA
UN INSTANTE.

OÍD.

(De PETER ALTENBERG.)

—
Perdono al hombre todo,
¡menos la lucha estéril! En silencio
cúbre tu faz ¡oh César de la vida!
cuando ese Bruto pálido— la Suerte —
ágil, feroz, certero,
entre tu corazón hunda el acero.

Quedad, esfuerzos vanos,
para la hembra, esclava de la vida,
que si rompe la tabla carcomida
y se despeña, en negro paroxismo
crispa sus manos débiles
¡como para agarrarse del abismo!

SAPIENTIA.

(De PETER ALTENBERG.)

—
Insondable y sagaz Naturaleza
que por llenar tu aspiración te esfuerzas:

— ¡diez mil leguas de mar! distancia ingente
que cruza sobre tumbos el arenque

para poder, en la remota arena,
fecundar su difícil compañera. —

En el cerebro del arenque macho
puso tu anhelo previsor y sabio

el ansia de viajar hacia la costa
en busca de las hembras desdeñosas:

¡así cuidas, oh madre providente,
hasta de conservar la especie arenque!

* * *

El espíritu magno de Petrarca
se quemó de pasión con la mirada

de una mujer a quien halló en la iglesia
postrada ante un altar. Nunca por ella

fue a la costa. Del límite apartado,
de las simas del Yo, cual un oceano,

la quiso a la distancia. Cinco lustros
pasó sin luz de su mirar cerúleo;

y Ella, infecunda de su cuerpo débil,
vivió dichosa con su amor estéril...

Insondable y sagaz Naturaleza,
¡ que por llenar tu aspiración te esfuerzas!

tú cuidas en los antros de la vida,
de la especie Petrarca, madre mía,

porque en esa mujer de sus encantos
él engendró la raza de sus Cánticos...

PROBLEMAS.

(De HENRIQUE HEINE.)

En la desnuda arena,
cabe la mar alborotada y sola,
por acallar mis dudas y mi pena
así le dije a la encrespada ola:

“ Descúbreme el arcano
que guarda los secretos de la Vida:
el enigma que al genio soberano
ofusca o deja con el alma herida;

“ Aclárame el problema
que agita mi razón eternamente:
como una llama arrolladora quema
al pensador la aridecida frente.

“ ¡ Cuánta inmortal cabeza
luchó tenaz por descifrarle en vano!
la que ostentó su divinal grandeza,
de la tiara en el brillo sobrehumano;

“ La que con nimbo de oro
— mitra o corona — se ciñó potente,
y robando a la ciencia su tesoro
abrió surco de luz indeficiente.

“ Acálla, antes que muera,
mi sórdida inquietud, ola espumante:
dí: ¿ qué es el hombre que tu fallo espera?
¿ do lo mueve su planta vacilante?

“¿En dónde están los nidos
do lo arrullara paternal desvelo?
más allá de los astros encendidos,
decid, olas, ¿qué guarda el combo cielo?”

.....

La mar embravecida
agita sus legiones de colosos;
la nube por el viento sacudida
rueda sobre los tumbos procelosos;

Los astros desde el cielo
— viajeros del espacio — tristemente
muestran la faz y su fulgor de hielo
derraman sobre el mundo indiferente;

Y en la desnuda arena,
cabe la mar alborotada y sola,
un loco aguarda con amarga pena
que le conteste la encrespada ola...

LA BALADA DE LA VIDA EXTERIOR.

(De HUGO VON HOFMANNSTHAL).

Y crecen los niños con ojos profundos que no saben
nada,
y crecen y mueren, y todos los hombres imitan su
marcha.

Y crecen los árboles,
y las frutas ásperas
en dulces devienen, y las frutas dulces
— como ruedan los pájaros muertos —
se caen de noche, de las quietas ramas,
yacen pocos días
o se pudren luego sobre la hojarasca.

Y soplan y soplan y soplan las ráfagas,
y siempre y de nuevo nosotros oímos
palabras,

palabras que hablamos,
y siempre, de nuevo, sentimos
el placer y el cansancio que sienten
los miembros en todas las razas.

Y corren caminos por entre la yerba,
y, desparramadas,
hay ciudades que prenden antorchas,
y viven entre árboles,
y tienen cisternas que nos amenazan,
fatídicamente sin agua: